



Un corazón dispuesto

por Daniel Urdaneta

Cada domingo la congregación espera, más o menos conscientemente, un sermón que le impacte y le edifique. Y cada domingo el predicador sube al púlpito con el anhelo de predicar un sermón que impacte y edifique. Sin embargo, rara vez ambas cosas coinciden. Muchas veces esa falta de sincronización no se debe a que el sermón haya sido “malo”, ni a que el predicador no se haya preparado, sino a algo más sencillo y más incómodo: los corazones de la audiencia no estaban preparados para recibir la palabra que se predicó.

Y, sin embargo, hay ocasiones en las que ocurre justo lo contrario: el sermón es sencillo, casi torpe, nada especial... pero el corazón está tan preparado que una sola frase, un solo versículo, lo cambia todo. Eso le ocurrió a Charles Spurgeon.

Spurgeon tenía 15 años y llevaba tiempo angustiado por su propia condición espiritual. Leía, oraba, escuchaba predicaciones, pero no encontraba paz con Dios. Sabía mucha doctrina, pero no conocía aún el descanso del evangelio. En el invierno de 1850, un domingo de fuerte tormenta de nieve en Inglaterra, salió de casa con la intención de ir a su iglesia habitual en Colchester. Pero el viento y la nieve se lo pusieron casi imposible. En un momento dado, no pudo seguir avanzando y decidió entrar en la primera capilla que encontró abierta aquel día. Una pequeña capilla Metodista Primitiva en la calle Artillery. No era una gran iglesia, ni un lugar de predicadores famosos. Aquel domingo, además, apenas había una docena de personas. Y para colmo, el predicador titular no pudo llegar por la tormenta.

Así que uno de los hermanos de la congregación, un laico sin formación teológica, probablemente un zapatero o un sastre, según cuenta la tradición, tuvo que subir al púlpito y hacer lo que pudiera. Tomó como texto Isaías 45:22: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque yo soy Dios, y no hay más.”

Spurgeon contaría después que aquel hombre no sabía decir gran cosa, y que el sermón era repetitivo, poco elocuente, con frases simples. No fue, desde un punto de vista humano, un “gran sermón”. Fue, como diríamos hoy, un sermón muy “normalito” tirando a “malo”. El



predicador repetía una y otra vez algo como: “El texto dice: ‘Mirad a mí’. No dice: mirad a vosotros mismos. No dice: mirad a vuestras oraciones, ni a vuestros sentimientos, ni a vuestros esfuerzos. Dice: ‘Mirad a mí.’” Y luego explicaba que mirar no es hacer una gran obra, ni levantar un peso, ni correr una carrera. Mirar es simplemente dirigir la atención a Cristo y confiar en Él.

En un momento, aquel hermano desde el púlpito miró directamente al joven Spurgeon, que estaba casi al fondo, y le dijo algo como: “Joven, tú pareces muy miserable. Y siempre serás miserable, en la vida y en la muerte, si no obedeces este texto. Pero ahora mismo, joven, mira a Jesucristo. ¡Míralo! ¡Míralo! ¡Míralo! Y serás salvo.”

Ese no fue un sermón “brillante”. Pero fue un sermón cristocéntrico, claro y, sobre todo, escuchado por un corazón quebrantado y preparado. En ese momento, Spurgeon entendió por fin que la salvación no estaba en sus esfuerzos ni en sus sentimientos, sino en mirar a Cristo crucificado. Allí, en una pequeña capilla metodista, un día de tormenta, con un predicador improvisado, Dios salvó al que luego sería llamado “el príncipe de los predicadores”.

Siendo honestos, muchas veces el predicador sale del púlpito frustrado pensando “Hoy no estuve bien”, “El sermón no fue lo suficientemente profundo/claro/emotivo/estructurado.” Y, al mismo tiempo, algunos oyentes salen por la puerta pensando “Hoy el sermón no me dijo nada”, “No me tocó”.

Pero el día de la tormenta de nieve, Dios salvó a Spurgeon no con un gran predicador ni con un gran sermón, sino con un sencillito hermano que apenas sabía ordenar sus ideas... y con un corazón desesperado por oír de Cristo.

Esto debería hacer que nos hagamos preguntas incómodas: ¿De verdad todos los domingos “no sentimos nada” porque el sermón es “malo”? ¿O a veces no siento nada porque vengo con el corazón frío, distraído, lleno de ruido? ¿Hasta qué punto he convertido el sermón en un “producto” que yo evalúo, en lugar de una Palabra a la que yo me someto?

El predicador puede caer en la trampa de pensar que todo depende de su genialidad homilética. El oyente puede caer en la trampa de creer que todo depende de que el sermón le resulte entretenido o emotivo. Pero la historia de Spurgeon nos recuerda algo elemental: cuando la Palabra es fielmente anunciada y el corazón está preparado, aunque el sermón sea torpe, Dios obra. Y cuando la Palabra se predica fielmente pero el corazón está cerrado, distraído o endurecido, aunque el sermón sea brillante, poco fruto veremos.

Dios nos bendiga a todos.